

Cuando el arte es un juego apasionante

LOS ESMALTES DE TOMEU PONS

Una escapada, en solitario, a los tiempos del Renacimiento

¿Dónde está la diferencia entre el artista y el artífice, el artista y el artesano? En última instancia, sólo la perspectiva histórica permite asumir un criterio valorativo justo. No vamos a remontarnos a los griegos para explicar que técnica y arte tuvieron el mismo origen y estuvieron en un principio identificados. Hoy la técnica tiene un significado específico y el arte una función no menos propia y autónoma. Pero, en todo caso, esa frontera que hemos cuestionado más arriba, ¿quién se atravesaría objetivamente a marcarla?

El problema se plantea si contemplamos la obra del mallorquín Tomeu Pons. Si hubiéramos que situarla, clasificarla, encasillarla, ¿qué decidiríamos? Pero éste sería un mal enfoque.

Tomeu Pons, el esmalista autodidacta, el trabajador solitario, ajeno a escuelas y tendencias, nos brinda una obra que no admite calificaciones apresuradas. Esmalista en el sentido más noble del término, artista, artífice, artesano, ¿qué más da? El resultado de su esfuerzo es arte en el sentido más puro y estricto. Existe una peligrosa inclinación a desconfiar de los que caminan por su cuenta —de los que «van por libre», que diría el pueblo—, como Tomeu Pons. Pienso que al artista —definitivamente artista Tomeu Pons— solitario que es no le preocupa demasiado verse fuera de toda escuela, frente a modas y «esnobismos», aunque él sepa muy bien que detrás de ellos puede haber valores revolucionarios, y lo diga sin reservas: «... hay en arte muy pocas cosas destructivas, porque en unas ruinas puede haber un hallazgo o una liberación. A mí me tiene sin cuidado la tendencia. Últimamente trabajo en abstractos intuitivos y simples. Mañana puede ser algo totalmente distinto».

Ni siquiera ha tenido maestros Tomeu Pons. La experiencia propia alimenta sus creaciones. A través de pruebas y fracasos —condiciones inevitables— se llega a lo ambicionado. Lo suyo es algo más complejo que la manipulación de un pincel y una paleta. El

esmalte exige un trabajo arduo y complicado, unas circunstancias especiales, la conjugación certera de una serie de elementos heterogéneos: temperatura inicial, tiempo de cocción, atmósfera en el horno, si oxidante, reductora o intermedia, distinta fusión en cada caso, grado de expansión, de fijación de los colores...

Tomeu Pons no aspira premeditadamente a realizar un arte para la mayoría: sabe sobradamente que todo arte acaba siendo, un día u otro, para la mayoría.

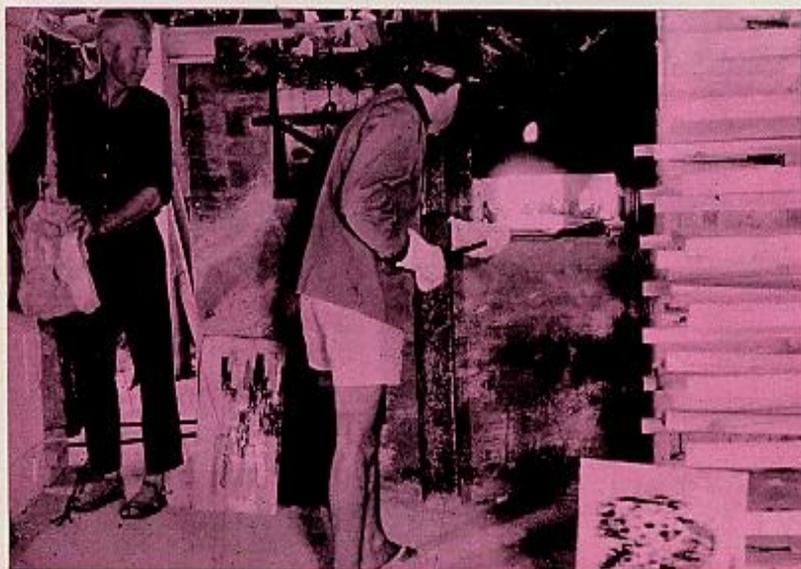
¿Y las influencias? Nunca se parte de la nada. Todo arte se inserta, queramos o no, quiera o no el artista, en una tradición cultural. «Relación entre un artista y la tradición, relación de un artista con su propio mundo, la hay siempre —afirma—. Lo admita o no, estoy sujeto a tales influencias, aunque trabaje en soledad».

Tomeu Pons, aunque no entra en la vieja polémica, es proclive al abstracto frente al arte figurativo. Para él hay más creación en el arte abstracto, y cuando la obra es sincera constituye la consecuencia de un esfuerzo difícil. Aparte de esta consideración, sabe muy bien que es imposible distinguir una fórmula de otra: «A cien metros —dice—, un árbol, ¿es algo más que una mancha verde, o una flor más que una mancha roja?».

Pons es más conocido fuera de su patria que en ella. Ha expuesto su obra en Europa y América. Siempre bien acogido, siempre prestigiado.

¿Cuál es el secreto de su arte? No hay tal secreto. «Hay, repito, experiencia. La descripción del procedimiento que sigo sería muy larga; es el mismo que se desarrolla desde hace siglos».

«Artista del Renacimiento», ha escrito de él Marc Bernard. Afuera, nadie duda de sus excepcionales dotes. Nosotros, con voluntad de atención a todo lo que aquí vale y no es reconocido, presentamos en estas páginas la reproducción de varias muestras de su obra, a la vez que escribimos con fuerza su nombre. ■ E. Fotos: MARTINEZ PARRA.



Tomeu Pons, en un momento de su trabajo.

